

L. D. Román Martín

Urbano González de la Calle

“Consideraciones

== ACERCA DE LA ==

segunda Paradoja

== DE ==

“El Brocense,,



CACERES

**TALLERES TIPOGRÁFICOS DE «EXTREMADURA»
Casa de Acción Social**

R. 101653

TITN. 63108

COA 1098488

Urbano González de la Calle

2
2820

CONSIDERACIONES

ACERCA DE LA

2.^a Paradoja de "El Brocense,,



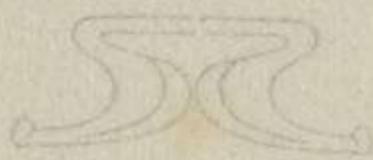
CACERES

Talleres Tipográficos de «Extremadura»
Casa de Acción Social

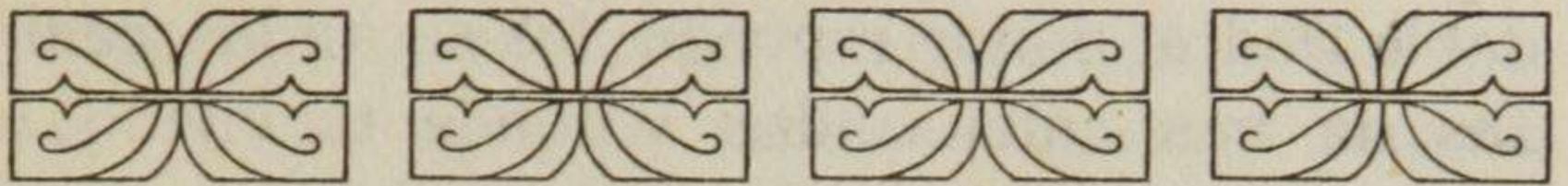
Extremadura

1934

Imprenta de "El Brocense"



CACERES
Talleres Tipográficos de «Extremadura»
Casa de Acción Social



Excmo. Sr., Sras. y Sres.:

Mi presencia en este lugar no halla otra explicación que la benevolencia inmerecida de que aquí he sido objeto. Estos doctos maestros y su dignísimo e ilustre director, han creído estimable mi cooperación modesta para rendir homenaje fervoroso al inmortal Brocense; y aunque juicio tan lisonjero sea completamente desproporcionado a mi modestísima significación, halla algunas atenuaciones en dos hechos, que debo hacer constar con la debida premura: soy un entusiasta del maestro Francisco Sánchez de las Brozas, cuya vida y obras llevo estudiando más de un decenio—sin gran fruto, por desgracia y torpeza mía,—y me siento cordialmente unido a esta región extremeña, donde nació mi involvi-

dable Padre, donde reposan las sagradas cenizas de mis antepasados y donde he vivido, y vivo aún, los momentos más henchidos de idealidad de mi obscura existencia. Por el cerebro y por el corazón, pues, me siento ligado a esta querida tierra, a la que ahora y antes que nada ofrezco el sincero tributo de mi más desinteresado y leal cariño.

Y por si la explicación y las atenuaciones propuestas no fuesen suficientes, conste también que concedo al acto que celebramos en este recinto, toda la significación y toda la importancia que legítimamente le corresponden. Si siempre necesitan los pueblos depurar y acrisolar la conciencia de su personalidad histórica, inútil parece advertir que semejante conducta es inexcusable exigencia en épocas, como la presente, verdaderamente críticas. Para salir del actual marasmo, hay que salvar de letales olvidos los valores ideales de la raza.

Las últimas palabras que acabo de pronunciar: *valores ideales de la raza*, por natural asociación de ideas, refrescan en mi espíritu el recuerdo de que rendimos nuestro modesto homenaje al Brocense el día consagrado a la fiesta de la Raza y en la solemnidad a tal festividad dedicada. Y como la actualidad y la oportunidad no están reñidas con el fervor, me dispensaréis que mutile la disertación doctrinal que pensé un

tiempo ofreceros y que deberá ahora ceder el paso a más sobrias, menos densas y menos fatigosas disquisiciones. Por otra parte, bueno será hacer constar que es muy oportuno que solemnizemos la fiesta de la Raza ensalzando la memoria de un español de cepa, glorioso obrero en las forjas de la verdad y del ideal. Si—como ha dicho recientemente un pensador insigne— la «raza» es y debe ser «inteligencia», honremos a aquélla rindiendo el debido culto a esta última. Con ese sentido parece que cabe acercarse a estas piadosas evocaciones de un pasado glorioso. Y para comprobar la exactitud de mis asertos, me propongo ofrecer algunos datos acerca de la posición ideal del Brocense en el problema de la valoración del latín del Renacimiento, frente a la propia de las lenguas vulgares. Porque podemos anticipar que Sánchez de las Brozas no consumió sus geniales aptitudes en ofrecer a la frívola curiosidad de los desocupados espectaculares nonadas. Muy al contrario: el Brocense supo colocarse en la corriente central de los temas eternos y de las eternas inquietudes especulativas, enlazando su presente fecundo con un noble pasado y arrojando semillas destinadas a alcanzar existencia perdurable en un futuro remoto.

Creemos que a esa luz y en esa perspectiva, no ha sido suficientemente contemplada la mag-

na figura del insigne filólogo y lingüista extremeño, y tenemos incluso que acusarnos de haber incurrido en la parcial omisión, que aquí lamentamos, trazando nuestras páginas consagradas al estudio de la vida profesional y académica de Sánchez de las Brozas. Anhelamos contribuir a la obligada rectificación de esa conducta, y al realizar tal intento, ofreceremos explícitos testimonios del valor actual y futuro de las concepciones del Brocense. Pensemos en que no nos debemos inquietar por conseguir insustanciales exhumaciones, como lo serán todas aquellas en las que no pongamos nuestra alma entera, sino únicamente la frívola curiosidad de los indiferentes y de los desocupados. Al acercarnos a «lo que fué», no olvidaremos «lo que es», ni «lo que será», o, cuando menos, anhelamos que sea.

Ahora bien, en pocas obras del Brocense, como en sus «Paradoxa», hallamos más claros testimonios de esa continuidad ideal, cardinal y trascendente con el pensamiento de las generaciones que fueron. Parádoxon, conforme a su etimología, en la Filosofía del Pórtico y en sentido técnico equivale a opinión doctrinal sorprendente a causa de su contenido, pero que se revela, tras más detenida consideración, como justa y exacta. Los «Paradoxa» de Cicerón son una exposición retórica de seis proposiciones de esa índole. En cambio, sólo a 5 tésis se hace

referencia en los «Paradoxas» del Brocense, que, sin duda, han recibido su rotulación de la obra homónima del Arpinate, aunque ofrecen un contenido más denso, más sugestivo y menos retórico que el que presentan las «Paradojas» ciceronianas.

La segunda de las «Paradojas» sancianas, la rotulada «*Latine loqui corrumpit ipsam Latinitatem*», atrae de momento toda nuestra curiosidad y atención. Para dar a la expresión citada del Brocense todo su íntimo sentido, recordemos lo que había ocurrido con el latín de Renacimiento. Del latín medioeval, lengua adaptada a las necesidades del tráfico y de la vida diaria, henchida de fecundas posibilidades renovadoras y de intrínsecas y crecientes virtualidades expresivas, los renacientes hicieron una lengua esquemática, esterilizada, sometida a las exigencias de la imitación clasicista e incluida en el círculo de hierro de semejante «mímesis» literaria. De un latín vivo, con la inestabilidad propia de todos los productos vitales, los hombres del Renacimiento hicieron un latín muerto, al extirpar de aquél todas sus capacidades innovadoras, para hablar o escribir con las construcciones y la elegancia del modelo A, B o C, previamente adoptado. Este hecho, que ha sido admirablemente glosado por lingüistas tan prestigiosos como Bréal, Skutsch, Krestschmer, Borinski, era obli-

gada consecuencia de la actitud que adoptaron los espíritus más geniales del Renacimiento al fijar un arquetipo idiomático para la imitación clasicista y al desinteresarse de amoldar dicho arquetipo a las necesidades de la prosa diaria. Claro es que semejante actitud era perfectamente explicable y posible en el momento en que fué adoptada, cuando las lenguas vulgares ofrecían ya pruebas inequívocas de sus fecundas potencialidades expresivas, y cuando también los progresos de la cultura general contemporánea, emancipaban los espíritus de la inexcusable subordinación a la Antigüedad clásica, que aquellos hubieron de soportar en las centurias medioevales. El Renacimiento es una bella aurora de libertad, en la que florecen desinteresadas emociones. Que no es lo mismo vivir ligado por la necesidad a los andadores de la Antigüedad clásica, que poder hacer de esta última objeto de libre y conmovida contemplación estética. Pero el hecho descrito y su justificación en el aspecto etiológico, no ofrecían entonces a muchos espíritus, embriagados con los penetrantes aromas del Renacimiento triunfante, la perspectiva que presentan hoy. Y así ocurrió que los humanistas, en su mayoría, no se conformaron con triunfar de la vida del latín medioeval en el cadáver del latín renaciente, sino que pretendieron, como advierte Borinski, infi-

cionar con ese cuerpo muerto las lenguas vernaculares. Mas si es perfectamente explicable semejante posición ideal, pues entonces, ahora y siempre los hechos históricos han demandado ser contemplados a una prudente distancia y con dotes nada vulgares de acuidad de visión, no hay que advertir que de todos modos el yerro intrínseco de esa actitud es bien notorio. Como también resulta explicable, aunque injustificada, la hiperbólica admiración que los humanistas tributan a su latín, frente al desdén de que blasonan respecto a las lenguas vulgares. Estas, a juicio de aquellos apasionados sectarios, carecen de fijeza, elaboración y universalidad, resultan inadaptables a las exigencias de la creación literaria, se hallan exentas de gravedad, son de fácil adquisición (y lo que puede ser recogido por mero uso o instinto, es difícilmente humano tanto como animal), son productos del barbarismo y bárbaras por naturaleza, locales, limitadas en rango, sin autoridad, exentas de eternidad. Uno de los más significados detractores de las lenguas vulgares, Francesco Florido Sabino, en su «Apología adversus linguae latinae obtrectatores» del año 1536, llamaba al italiano «linguam non vulgarem, sed immundam, non barbaram, sed ipsam barbariem».

Pero el espectáculo descrito no se erigió en obstáculo de la afirmación de más certeras apre-

ciaciones. Ocurrió entonces lo que ocurre siempre en épocas de hondos fervores ideales: espíritus hubo en aquel tiempo que no supieron elevarse a una contemplación universal y humana de las realidades contemporáneas, mientras otras almas selectas lograron escalar esas altas cimas del pensamiento. En esta última categoría podremos y debemos incluir la admirable figura de *Pietro Bembo*. El insigne humanista citado, cultivador eximio de la lengua latina literaria, supo tributar a la legitimidad del hecho idiomático y literario del italiano de su época, las más elocuentes y persuasivas demostraciones. Las «Prose» del *Bembo*, aparte del valor peculiar que alcanzan como conjunto de reglas gramaticales de la lengua vulgar (de modo que ésta vino a tomar puesto al lado del latín, no como uso irregular, sino como arte), significan el reconocimiento de la intimidad y cordialidad espiritual de la lengua patria, frente a todo artificioso empleo de cualquier idioma, trabajosa y pacientemente asimilado: «...la volgar lingua non solamente vicina si dee dire che ella sia; ma natia et propria et la Latina straniera». Y todavía aún reconociendo y no discutiendo las tradicionales jerarquías idiomáticas, el mismo *Bembo* formula la discreta observación de que no siempre se debe escribir en la lengua más digna con preferencia a la que lo sea menos, pues de haber pro-

cedido así, nunca hubieran utilizado los griegos su propia lengua griega, ni los romanos la latina, sino que aquéllos hubiesen empleado indefectiblemente el fenicio y el griego éstos. Tan discretas y tan fundadas aseveraciones alcanzaban especial relieve en los labios de *Bembo*, pues constando, como universalmente constaba, su excepcional pericia en el manejo del latín, nadie podría con licitud atribuir aquéllas a anhelos de disimular y justificar las limitaciones de una capacidad personal poco dichosa. Pues bién, *Bembo* es el modelo y la autoridad que nuestro Brocense invoca en la «Paradoja» que estamos examinando. El insigne lingüista extremeño se lamenta de que consagrandó al estudio de la Antigüedad una atención intensa y serena, los espíritus pacatos, entenebrecidos con las nieblas de las centurias medioevales y poseídos de un mortal *misonéismo*, le apellidan «novarum rerum excogitator». («Ego etenim quo potui semper conatu, antiquitatis et amator et investigator extiti: unde factum est ut cum pervetera doceam, sed inaudita plerisque, rerum novarum excogitatur appeller»). El «novarum rerum excogitator», vé simplemente el mundo clásico a través del diáfano cristal del Renacimiento, pero sin perder de vista las características peculiares de la luminosa edad en que, para su dicha, vive, en una palabra, con la perspectiva histórica,

conquista y afirma la perspectiva universal. Más los «misonieístas» y los «beocios», entronizados en las fortalezas de las cátedras universitarias, obligaban a nuestro autor a amparar sus asertos en las autoridades más prestigiosas de la ciencia contemporánea, y he aquí por qué para combatir la práctica «de abusu latine loquendi», el Brocense invoca y utiliza el ejemplo de *Bembo*. No sin advertir que ha contenido su irascibilidad largo tiempo, para no propalar, con la execración de ese abuso, una opinión desfavorable a su patria, que ya en aquella época, y según el testimonio del mismo Brocense, no gozaba de la mayor estimación en el mundo culto. Pero la paciencia del arriscado extremeño debía hallarse circunscrita en límites no muy amplios, cuando, aún a riesgo de afirmar la preocupación extranjera, que graduaba de bárbara a nuestra nación, se decidió a sostener y probar la tesis de «*Latine loqui corrumpit ipsam Latinitatem*».

Pero nuestro autor, para autorizar su acreditado dictamen, no halla ruta más adecuada que someter a la debida revisión los argumentos formulados en defensa de la tesis contraria: «*Latine loqui non corrumpit, sed iuvat et illustrat ipsam Latinitatem*». Ofrezcamos algunos «specimina» de semejantes argumentos y de sus correspondientes impugnaciones. El Brocense re-

chaza que sea arte la práctica de hablar latín, pues asegura que no basta emplear dicciones latinas para expresarse en la lengua del Lacio, sino que se requiere conjuntamente el «delectus in verborum constructione», acertada reserva, que nos evoca la «callida iunctura», de que ya hababla Horacio. Y si se objeta que el francés se aprende hablando, rearguye Sánchez de las Brozas que el latín no se aprende para hablar, sino para entender las producciones escritas en la lengua de Lacio, de la que nuestro autor llega a decir «quae iam nulla est». No necesitamos encarecer el valor extraordinario de ese aserto, pero se comprenderá que no podemos seguir ahora, paso a paso, la discusión meramente ejemplificada en las precedentes referencias. En cuartillas manuscritas tengo ya ordenadas y dispuestas para su próxima publicación las oportunas indicaciones de tales argumentos e incluso las concernientes a las réplicas del poco conocido personaje Henry Yason, autor de una curiosísima «Disquisitio responsoria», todavía hoy inédita. He podido también rastrear en el Archivo universitario de Salamanca algunas particularidades, hasta la fecha desconocidas, de la vida académica del citado impugnador de Sánchez de las Brozas, pero ni de estos modestísimos hallazgos, ni de aquella exposición, puedo ofrecer en este momento nada apreciable,

sin incurrir en el riesgo y en la inoportunidad de una enojosa y extensa conferencia. Bástenos con hacer constar que el maestro Francisco Sánchez certera y sobriamente defiende la tesis de Bembo, mientras Yason insiste, con superficialidad notoria, en la posición de Francesco Florido Sabino. Claro es que el mismo Brocense, en ocasiones flaquea, y después de alcanzar a vislumbrar la verdad, de recibirla incluso a pleno pulmón, vuelve de cuando en cuando, a incurrir en yerros evidentes; claro es también que a veces el propio Yason se libra de su habitual trivialidad, con algunos ocasionales aciertos. De todos modos y juzgando, como es obligado juzgar, por la impresión de conjunto que obtenemos de las más complejas realidades, será necesario advertir diferencias muy favorables para la limpia fama de nuestro insigne compatriota. Mientras el latinista inglés busca en todos los rincones de la Dialéctica y de los tópicos al uso armas que esgrimir contra los terminantes asertos del Brocense, condenando la práctica de hablar inconsideradamente latín, el insigne humanista extremeño traza estas frases, de importancia y trascendencia bien notoria: «Ego denique cum doctissimis, neminem excipio, viris, teneo, nulla aut aetate aut tempore aliena lingua, nedum Latina, esse loquendum». Esos modestos vocablos, que parecen no exceder del tono

de una vulgar aseveración, encierran y encarnan el más hondo sentido de las doctrinas aquí dilucidadas. No son las lenguas, pues, realidades que cabe arrancar del ambiente de la condicionalidad histórica en que surgen, viven y mueren. Ni la arbitrariedad, ni el capricho pueden prometerse más que éxitos efímeros en la esfera de las realidades idiomáticas. Las lenguas, en una palabra, son carne y sangre del espíritu que en ellas se vierte, y en ellas alienta y vive. El reconocimiento de esa verdad trascendental, con no pocas incertidumbres y en medio de explicables contradicciones, es un mérito indiscutible y un título de gloria del insigne filólogo y lingüista extremeño Francisco Sánchez de las Brozas. El Brocense, con los espíritus más clarividentes del Renacimiento, reconoce la situación que necesariamente alcanza el latín en aquel período y abre las rutas en que la ciencia contemporánea sigue tributando su atención al estudio de las Humanidades.

Señores: El Brocense soportó en su existencia mortal larga odisea de amarguras. Sobre el insigne filólogo de las Brozas, gravitaron las más duras adversidades domésticas, con las más insidiosas animosidades de sus émulos y compañeros. Los dardos envenenados de la envidia profanaron las gloriosas canas del maestro con crueles persecuciones. Recién muerto

Sánchez de las Brozas, una villana superchería consintió usurpar la austera personalidad del sabio «Retórico» a algún despreocupado muñidor de herencias. (Creo haber demostrado documentalmente y en reciente publicación ese aserto). Pero todavía esperaban a la memoria del maestro Francisco Sánchez el «Retórico» nuevas desventuras. Con la indiferencia más glacial, se ha pronunciado entre nosotros, hasta no hace muchos años, el nombre del insigne lingüista extremeño, a pesar de que su fama había sido ya reconocida por un Michelsen, un Rumpel o un Delbrück. En nuestra propia patria, personas de reconocida y admirada competencia han asegurado que el Brocense era una figura de segunda fila, no merecedora acaso de suscitar los modestos desvelos de algún estudioso. Esa actitud se ha reflejado en el silencio que respecto a Sánchez de las Brozas guardan algunos modernos historiadores de la Filología clásica (Sandys y Gudemann entre ellos). Tales despectivas apreciaciones han coincidido con un gradual y cada vez más acentuado extrañamiento de las obras del Brocense, que pocas veces también figuran en los fondos de las bibliotecas de los eruditos. Uno de los últimamente consultados por el que os habla, Lea, en su obra ya clásica acerca de la Inquisición, dice de nuestro Brocense, que era jactancioso, pen-

denciero e incontinente de lengua, y que se hubiera librado de enojosas persecuciones del Tribunal de la Suprema procediendo con más cordura y limitándose a cultivar sus estudios gramaticales. Bien que el mismo Lea asegura no conocer más que la «Minerva» del filólogo de las Brozas, del que, sin embargo, formula elogios acaso no más fundados que sus censuras previas.

Más, por fortuna, se comienza a reaccionar y a reaccionar en sentido favorable, aunque débilmente todavía. Estúdianse hoy—y en ocasiones, con positivo acierto—las doctrinas gramaticales de Sánchez de las Brozas; conocemos ya una parte de la vida profesional y académica de ese insigne maestro, y en alguno de nosotros germina la idea de publicar y anotar las capitales producciones del maestro «Retórico», utilizando los fondos riquísimos de la Biblioteca del Real Palacio de Madrid. Pero no nos hagamos ilusiones: es muy poco lo que se ha hecho y queda larguísimo camino por recorrer. ¿Será lícito esperar de solemnidades como la presente estímulos para seguir esa labor reparadora, tímidamente iniciada no hace muchos años? No nos atreveríamos a dar una respuesta afirmativa a esa pregunta.

Pero sea cual fuere la suerte que aguarde a los estudios de erudición hispana, conste de

una vez para siempre que sabremos dignificar los azarosos y enigmáticos días que corren en el grado y en la medida en que sepamos acrisolar e incorporarnos las más puras esencias de nuestro pasado. ¡Ojalá consigamos afrontar, con la vista fija en los más nobles ideales, las múltiples y agobiadoras preocupaciones del momento presente! Permitidme, señores, que, formulando esa querida ilusión, os rinda el tributo de mi gratitud más sentida por la inmerecida deferencia que con vuestra atención me habéis dispensado. He dicho.



2.8